Miércoles, 29 de agosto 2012

El fin de la Guerra de Gasolina

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/08/the-end-of-gasoline-warfare.html

En la discusión de la semana pasada sobre las vulnerabilidades militares estadounidenses señalé uno de los principales problemas que debe estar dando serios quebraderos de cabeza a los funcionarios del Pentágono: las desventajas militares que se derivan de la obsesión de los Estados Unidos por los artilugios de alta tecnología, en un mundo donde la complejidad simplemente favorece al matón de barrio y le da más oportunidades para meterse con usted. Y tenga por seguro que esos inconvenientes no son ninguna tontería, pues forman parte de un contexto más amplio que no es nada bueno para los partidarios de la dominación global.

Para dar sentido a ese contexto, sin embargo, va a ser necesario volver brevemente a un punto que ya he comentado más de una vez, el generalizado malentendido que existe en el escenario cultural de la América de hoy acerca de la evolución. Desde que Darwin propuso su teoría hace más de un siglo y medio —se cuenta que al leerla Thomas Henry Huxley dijo "¡Qué estúpido por no haberlo pensado antes!"—, la gran mayoría de los estadounidenses, creyentes y críticos por igual, insisten en definir la evolución como progreso: lo que está "más evolucionado" es mejor, más avanzado, y más progresista que lo demás.

No es así. La evolución es la adaptación a circunstancias cambiantes, y punto. En algunos casos, la evolución impulsa a los seres vivos en la dirección de una mayor complejidad, pero en muchos otros casos ocurre lo contrario. Desde que los primeros organismos auto-replicantes aparecieron por primera vez en este planeta (hace unos dos mil millones de años), la lucha despiadada entre la variación genética y un ambiente terriblemente inestable ha originado adaptaciones notablemente extrañas (pterodáctilos, uintatheria, Khloe Kardashian) pero no han sido organismos que perdurasen en el largo plazo. Las libélulas que visitan mi patio trasero regularmente no han cambiado mucho desde el Devónico; en el cretácico ya había tortugas de tierra comiendo babosas; la cría de murciélago que hace unas semanas se perdió y terminó en nuestra habitación no habría estado fuera de lugar en los bosques del Eoceno. Ellos y otros organismos parecidos no se han extinguido porque encontraron una buena solución adaptativa estable y la han mantenido hasta ahora; mientras que otros organismos desarrollaron adaptaciones que resultaron ser callejones sin salida.

Precisamente porque la evolución es la adaptación a las circunstancias (ni más ni menos) es posible, y de hecho es fácil, encontrar análogos muy precisos a la evolución darwiniana en campos muy alejados de la biología. La guerra es una de esas materias. Visto desde una perspectiva de sistemas, las naciones que compiten por la supervivencia, la prosperidad y el poder muestran muchas similitudes con las especies que hacen lo mismo por las mismas razones. La guerra —que ahora como siempre es el árbitro final de la supervivencia de las naciones— sigue patrones de adaptación que se pueden explicar mediante un análisis darwiniano.

El fracaso de la guerra de carros en la Edad del Bronce (discutido hace poco en este mismo blog) es un buen ejemplo de ello. Los ejércitos de carros del final de la Edad del Bronce estaban magníficamente adaptados para su entorno militar, pero como tantas formas de vida altamente especializadas en la historia evolutiva, sus adaptaciones limitaban su capacidad para adaptarse a circunstancias rápidamente cambiantes. Esa limitación resultó ser fatal para muchas sociedades del litoral del Mediterráneo oriental, y bien podría haberlo sido hasta para Egipto si esa antigua sociedad no hubiera sido capaz de volver a utilizar un conjunto más antiguo y más resistente de soluciones militares.

Hay una probabilidad bastante alta de presenciar un ejemplo aún más sorprendente del mismo proceso en un futuro no muy lejano. Como se mencionó hace un tiempo en esta serie de posts, el estilo americano actual de llevar a cabo la guerra deriva originalmente de las doctrinas militares alemana y japonesa en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, cuando ambas naciones exploraron las nuevas y extraordinarias posibilidades que el petróleo había abierto para la guerra . La destrucción del ejército francés en la primavera de 1940 por una fuerza de invasión alemana que tenía menos hombres, cañones y tanques que sus oponentes aliados puso al mundo sobre aviso de que las viejas formas de la guerra ya no eran tan importantes; la conquista japonesa de todo el Pacífico occidental en unas pocas

semanas a finales de 1941 hizo imposible a todas las naciones ignorar el mensaje. Sin embargo, EE.UU. aprendió muy deprisa de Japón y de Alemania.

La nueva guerra dependía de la movilidad, posibilitada por aviones, tanques y camiones, pero tuvo otra dimensión que no siempre se reconoce. La conquista alemana de Francia en 1940, por ejemplo, no tuvo éxito porque los alemanes reunieron sus fuerzas y aplastaron a los ejércitos aliados en un frente de batalla. Por el contrario, las divisiones panzer de la Wehrmacht eludieron la gran batalla que los aliados quisieron entablar en las llanuras de Bélgica, y avanzaron muy al sur de las posiciones de las fuerzas aliadas, pasando a través de Francia, rompiendo sus líneas de comunicación y de suministro, al tiempo que la Luftwaffe realizaba raids aéreos para desorganizar a las unidades aliadas, anulando su capacidad para responder a una situación que cambiaba muy rápidamente. Compárelo con las invasiones estadounidenses de Irak en 1990 y 2003 y es fácil observar el parecido. Tanto en estos casos, como en 1940 en Francia, lo que dio la rápida victoria a los invasores fue una estrategia que se centró en anular la capacidad de los mandos militares del enemigo para responder a la invasión.

Pero las secuelas fueron innegables. En 1940 (lo mismo que en 2003), la victoria de los invasores fue seguida de inmediato por una sostenida insurgencia en contra de las fuerzas de ocupación. (La única razón por la que no ocurrió lo mismo en 1990 fue que Bush padre y sus generales tuvieron el suficiente sentido común como para declarar la victoria y salir.) Casi siempre ha sucedido lo mismo cuando se aplica la guerra de la gasolina, la guerra relámpago en el mundo real.

Hay buenas razones para ello. Los teóricos militares han postulado un gran número de condiciones que definen la victoria en la guerra, pero en la práctica todas estas se resumen en un único requisito, que el bando perdedor esté convencido de que el abandono de la lucha es la mejor opción que le queda. Así ocurría antiguamente en las batallas campales, en las que un ejército presentaba batalla en un lugar elegido y el otro ejército aceptaba el desafío. Ambas partes tomaban posiciones, se estudiaban el uno al otro durante un día o dos hasta que empezaba la batalla. Después un intercambio de golpes, más o menos duradero, todos —desde el rey hasta el más humilde soldado de a pie— sabía exactamente qué lado terminaría aniquilando al otro si la guerra continuaba, de modo que rápidamente se negociaba un tratado de paz

En la Guerra de la Gasolina rara vez se obtiene el mismo resultado. Para quienes se encontraron en el lado perdedor—estoy hablando aquí, sobre todo, de lo que opinaban los oficiales franceses y británicos en la batalla de Francia en 1940— la guerra es una montaña rusa a través del caos; donde muchas veces las unidades de tierra nunca tienen la oportunidad de medir sus fuerzas en combate contra el enemigo, porque el otro lado ha avanzado mucho y se encuentra muy lejos tras sus líneas, donde las órdenes del propio Estado Mayor son confusas o contradictorias o nunca llegan a las unidades de combate, y de repente la guerra ha terminado, el gobierno se ha rendido, y vencedor desfila en París (o en Bagdad). Así ocurre; es posible que se haya quebrado la voluntad de resistencia del gobierno vencido, pero no la tuya, y muy pronto estarás buscando nuevas formas de proseguir la lucha. Así surgió la Resistencia francesa —o, para el caso, la iraquí—.

Por esto surgieron tan rápidamente los movimientos de resistencia en todas las naciones conquistadas por la Alemania nazi, y por eso mismo las insurgencias a menudo surgen igual en las naciones conquistadas por los Estados Unidos. Es el resultado natural de una forma de guerra que es muy buena intimidando a los gobiernos que ya están en colapso o casi, pero muy pobre en convencer al individuo ordinario de uniforme, o a la persona común de la calle, de que la derrota debe ser aceptada mansamente, sin discusión. (Los lectores atentos notarán aquí que la lógica de la guerra relámpago es extrañamente similar a la adoptada más recientemente por los creyentes en el repentino colapso de la sociedad industrial; en ambos casos, las palabras "Lo que suceda después" apenas son consideradas en la planificación y raramente se tiene en cuenta la posibilidad de que las personas afectadas por un colapso repentino podrían hacer algo para responder al colapso.)

Y aquí es relevante el análisis darwiniano de la guerra que antes se mencionó, ya que la insurgencia no es algo fijo e inamovible. Evoluciona con el tiempo, diferentes grupos insurgentes intentan nuevas tácticas, estrategias y armamentos basándose en la experiencia de la insurgencia del pasado. La insurgencia es muy anterior al nacimiento de la guerra de la gasolina; surgió como oposición a los

regímenes coloniales europeos en el Tercer Mundo adaptando los revolucionarios métodos de la guerra europea a las condiciones propias de su tiempo. El nuevo modelo de insurgencia apareció en Sudáfrica y Filipinas a comienzos del siglo XX; ambas fueron finalmente derrotadas, pero no sin un gran coste para las dos potencias imperiales implicadas, y las lecciones aprendidas en esas guerras se extendieron ampliamente. No es accidental, por ejemplo, que la palabra "comando" entró en la jerga militar muy al principio del siglo XX, procedente del idioma afrikaans, donde era utilizado para definir a los grupos insurgentes que luchaban contra los Boers.

La lucha evolutiva entre la guerra de la gasolina y la insurgencia se ha discutido mucho en los últimos años en revistas militares, aunque la etiqueta que se le ha dado ("Guerra de Cuarta Generación" o 4GW) confunde mucho más de lo que aclara el concepto. La idea de que la historia militar se puede dividir en un conjunto de generaciones perfectamente definidas, cada una de los cuales reemplaza a la anterior, sólo reafirma el mito contemporáneo del progreso con otro disfraz y es tan arbitraria como suelen serlo todas las formas de narrar el progreso. Aunque las tecnologías son diferentes, la 4GW fue practicada por las tribus elamitas de la montaña contra los ejércitos de Babilonia hace más de tres mil años, y sin duda se seguirá practicando por los pueblos de la periferia de los imperios, mientras las sociedades humanas sean lo suficientemente complejas como para mantener en los imperios ciudades y capitales.

A pesar de los problemas con el término, los debates sobre la 4GW han evidenciado un tema crucial, que los grupos insurgentes de hoy son tan rápidos en innovar y adoptar la última la tecnología como sus bien financiados oponentes en el Pentágono y organismos similares. La selección darwiniana funciona con la misma eficacia en la insurgencia como en las especies, y el mecanismo es muy parecido: una presión constante ejercida por los límites ecológicos, que tarde o temprano acaba encontrando alguna opción de éxito en el duro trabajo de la supervivencia. Hasta el momento, las burocracias militares de las grandes potencias del mundo han sido capaces de estar más o menos al corriente de las transformaciones resultantes en las diversas insurgencias, pero su situación tiene mucho en común con la de los médicos que se enfrentan a bacterias resistentes a los antibióticos: puedes seguir por un tiempo inventando nuevos antibióticos, pero la ley de rendimientos decrecientes siempre trabaja en tu contra y los gérmenes están ganando terreno; sabes que es casi seguro que tarde o temprano aparecerá algo letal, transmisible, y resistente a todos los antibióticos conocidos.

¿Cómo serán las próximas revoluciones militares? Esa es una pregunta interesante. Hay días en que uno sospecha que un primer borrador ya fue ensayado por la milicia de Hezbolá en el sur del Líbano en 2006. Para hacer frente a la invasión del ejército israelí (tan partidario de la guerra de la gasolina como cualquier otro ejército en la tierra), Hezbolá adoptó una estrategia que probablemente podría llamarse de insurgencia preventiva. En todo el sur del Líbano antes de la invasión israelí se escondieron cuidadosamente en escondrijos subterráneos soldados, armas, municiones y suministros. Así pudieron esperar a que terminasen los bombardeos aéreos y el asalto inicial, para después aparecer inesperadamente tras las líneas israelíes con armas de fuego y cohetes antitanque. Si bien ambas partes se atribuyeron la victoria, la lucha fue muchísimo más igualada que en las dos invasiones anteriores israelíes del Líbano. ¿Podría extenderse esta estrategia y convertirse en una forma muy eficaz de oposición ante una invasión convencional? Sospecho que es así.

Otros días me acuerdo de la guerra entre Libia y Chad en 1987, cuando Libia era un estado dependiente de la Unión Soviética y tenía fuerza aérea y un numeroso ejército, equipado con tanques y aviones rusos de segunda mano, mientras que el Chad tenía un ejército equipado principalmente con camionetas Toyota a las que se les había fijado en la caja una ametralladora del calibre 50, donde también se subía media docena de soldados de infantería con lanzacohetes. Las fuerzas de Chad lograron una victoria aplastante, atacando por sorpresa a las fuerzas libias moviéndose por senderos de cabras en las montañas y dejando las llanuras del norte de Chad plagadas de tanques libios en llamas. Esas camionetas armadas son llamados "*technicals*" en la jerga de África, y es un término que debes recordar; desde hace décadas esas camionetas han sido vehículos militares estándar en todo el continente africano, y supongo que sólo es cuestión de tiempo para que sean utilizados en otras partes del mundo. ¿Sería posible que un ejército equipado con *technicals*, y algunos cohetes antiaéreos y antitanque algo más sofisticados que los actuales logre como el Chad una victoria frente una gran potencia? Una vez más, sospecho que sí.

No sé si estas suposiciones tienen algún valor, pero con seguridad la era de la guerra de la gasolina —que se inició con los Stukas aullando en los cielos en la primavera de 1940[1]— tiene garantizado su final, tarde o temprano. Y hay dos buenas razones para ello. En primer lugar, por supuesto, es el simple hecho de que todos los medios de hacer la guerra acaban convirtiéndose en algo que se vuelve incontrolable. Si la historia militar demuestra algo, es que el ejército invencible de una época es comida para los cuervos en la siguiente, algo que muy probablemente no tiene tanto que ver con el progreso tecnológico sino más bien con el tiempo que pasa hasta que los enemigos potenciales encuentran cualquier truco o táctica que funcione.

En segundo lugar (y este factor es mucho más contundente), la guerra de la gasolina sólo es posible con un enorme suministro de gasolina. En un sentido más amplio, el actual estilo americano de la guerra sólo puede ejercerse si se cuenta con enormes cantidades de energía relativamente barata, no sólo para los aviones, tanques y navíos, sino para apoyar la inmensa infraestructura que hace posible guerra moderna. A medida que disminuye el excedente de energía, también decaerá la guerra de la gasolina, y las potencias militares exitosas del futuro serán aquellas que puedan encontrar formas de exhibir su poder y ganar batallas con menor gasto de energía y materias primas que sus rivales.

Sin duda, una cierta cantidad de gasolina o su equivalente se utilizará en las guerras futuras durante mucho tiempo, dadas las ventajas del motor de combustión interna. Sospecho se usará gasolina para fines militares mucho después que el automóvil privado haya pasado a la historia. Y sospecho también que los últimos litros de gasolina que se usen en una guerra irán a parar a los depósitos de camionetas *technicals*, no a los de los tanques. Y mucho antes de que eso ocurra, el viento se habrá llevado esta forma de guerra que depende de un consumo inconcebible de energía y de materias primas. E igual destino seguirá una civilización que trató de apoyarse en las mismas insostenibles condiciones.

[1] N. del T. Le recordaría al Archidruida que los primeros ataques con Stukas no se produjeron en 1940, sino en la Guerra Civil Española, en Guernika (26 de abril de 1937) y en Benassal y otros tres pueblos del Maestrazgo Castellonense en mayo de 1938 (Referencias aquí y aquí.)